

LAVALLE, Bernard. *Recherches sur l'apparition de la conscience créole dans la Viceroyauté du Pérou: l'antagonisme hispano-créole dans les ordres religieux (XVIIème - XVIIIème siècles)*. Lille: Atelier National de Réproduction des Thèses, Université de Lille III, 1982. Tesis presentada a la Universidad de Burdeos III el 28 de abril de 1978. 2 tomos.

Bernard Lavallé a través de una voluminosa obra de dos tomos y 1,238 páginas de texto —sin incluir bibliografía, gráficos e índices—, nos introduce en un tema que hoy cobra cierta difusión y contra el cual durante mucho tiempo ha habido muchas reservas y, sobre todo, rechazo a ver en él lo que llamaríamos el germen de una conciencia de identidad nacional: la conciencia criolla, planteada como la capacidad de la gente americana de darse cuenta de las diferencias que existían entre los peninsulares y, —por momentos, entre los peninsulares conquistadores y los peninsulares funcionarios llegados posteriormente—, los hombres nacidos en América, ya fuesen hijos de españoles, mestizos o mulatos.

La originalidad del tema es su presentación al centrarlo en las relaciones conflictivas que se dan al interior de los órdenes religiosos en la vida diaria y especialmente en vísperas de elecciones, las cuales dan lugar, como ya se conocía, a perturbaciones del orden público y a la participación, en diversas oportunidades, de la autoridad civil, debido a la existencia del Patronato Regio, por el cual el rey de España intervenía en el nombramiento de la jerarquía eclesiástica.

El aporte de Lavallé es muy amplio, pues no se centra exclusivamente en lo que ocurre en Lima o en el Cuzco, sino que entra a detallar situaciones que se presentaron en todo el ámbito del virreinato, es decir comprende también Quito, Nueva Granada y algunas referencias a Chile y Buenos Aires. Además, en vía de comparación, entra a precisar lo que ocurre en Guatemala, Nueva España y Filipinas, aunque sin el mismo detenimiento que en los casos anteriores.

El autor analiza minuciosamente la evolución de las confrontaciones desde mediados del siglo XVI, es decir desde el momento en que va apareciendo el "criollismo" y se enfrenta con los peninsulares. Trae a colación el concepto amplio con que Jacques Lafaye se refiere a este término al incluir no sólo al primer hijo de español nacido en América sino a la formación de lo que sería un "espíritu criollista" que se presenta, como señala Ortega y Gasset, desde el instante en que el español es ganado por la tierra americana y que correspondería a la generación de conquistadores. En este sentido nos atreveríamos a afirmar que la posición del autor coincide con la consideración de las guerras civiles de los conquistadores como la primera manifestación de dicho espíritu, generado en gran parte por el deseo de pizarristas y almagristas de no ver menoscabados sus derechos a la tierra y a la condición conquistada por las leyes emanadas de la metrópoli, por las cuales se hacía

participe a la administración peninsular de los beneficios americanos que ya ellos veían como propios y pensaban dejar en herencia a sus descendientes.

Para entrar al tema de los conflictos en las órdenes religiosas el historiador, con mucho acierto, busca ubicar primero el problema desde sus raíces más antiguas y en todo el ámbito colonial. Para ello divide la obra en seis partes bien diferenciadas, la primera de las cuales corresponde al estudio preliminar que divide en seis capítulos, en los cuales aborda un tema sobre el cual hay muchas interrogantes, todavía, como es el de la demografía. Se habla mucho de que España nos inundó de frailes, pero ¿cuántos fueron? ¿cuál fue el aumento, equilibrio o disminución durante el virreinato? Esto trata de aclararse aquí, pero haciendo la salvedad de no haber encontrado trabajos suficientes al respecto y, en última instancia, no ser éste el tema de la investigación en sí, pero de todos modos era necesario procurar conocer *grosso modo* el universo al cual se refiere el estudio. Se pasa luego a aclarar el debatido tema de las vocaciones religiosas, tanto de hombres como de mujeres —aunque la obra se centra fundamentalmente en los conventos de frailes—, constatándose que mucho de lo ocurrido, bien alejado de lo que debería ser la conducta ejemplar de la vida religiosa, tiene una buena base en el ingreso a la vida conventual por razones totalmente extrañas a una vocación expresa, como se demuestra en los numerosos casos de pedidos de exención de votos solicitada por frailes y monjas, aun con muchos años de profesión. La mayoría alega haber ingresado contra su voluntad, ya sea por imposición familiar o por presión de los religiosos. En otros casos se toma la vida religiosa como la oportunidad de tener asegurado el sustento hasta el fin de sus días; y, en otros, sobre todo los religiosos que son destinados a las doctrinas —o a las parroquias— de indios aseguraban, inclusive, la fortuna familiar. Naturalmente la situación de todos los conventos no era la misma y la mayor población de ellos se definía de acuerdo a la disponibilidad de bienes que tenían las órdenes, así se manifiestan las demandas de auxilios para conventos de Buenos Aires o de Chile, mientras que los de Potosí o Lima destacan por su bonanza y por la gran cantidad de frailes de que disponen, entre los cuales muchos son criollos e incluso no faltan mestizos y aun mulatos, con escándalo de los peninsulares, quienes consideran que todos esos elementos son causa de desprestigio para la religión, pues no se adaptan a la vida religiosa y se permiten toda clase de licencias.

También se considera en esta primera parte el mal cumplimiento de la asistencia a las doctrinas, pues el punto de partida para la presencia del doctrinero es su conocimiento de la lengua nativa y cuando el sacerdote que oficia como tal es español pocas veces se preocupa de aprender la lengua; en cambio los criollos se dice que tienen mayor capacidad de aprendizaje del quechua o de otros dialectos, pero la contrapartida es que se les acusa de llevar vida licenciosa, por lo cual se llega a ensayar no mandar un solo doctrinero sino dos: uno joven y criollo y el otro anciano y español, para que pueda ejercer un control. Sin embargo parece ser que el experimento no dio resultado. El autor, no obstante que la mayoría de los comentarios sobre los doctrineros es desfavorable, con mucha prudencia advierte que aún así no se puede llegar a una generalización respecto a la corrupción total de estos curas y prefiere referirse siempre a casos concretos, sin intentar una conclusión definitiva al

respecto. Es la actitud que mantiene a través de toda la obra, de allí que por momentos pueda parecer reiterativo, pero es en aras de no caer en una generalización apresurada, no obstante el dominio que manifiesta acerca de su investigación.

Finaliza esta primera parte con la ubicación de las órdenes religiosas en Sudamérica, centrándose en las cinco principales: dominicos, agustinos, franciscanos, mercedarios y jesuitas, aunque para estos últimos tiene un tratamiento especial, dado que salen de las normas comunes a las otras órdenes. Expone las tensiones que se viven entre el siglo XVI y el XVII, tanto al interior de las órdenes como frente a la jerarquía eclesiástica, pues las religiones consideran que las autoridades provenientes del clero secular no pueden intervenir en los conventos, como trata de hacerlo el ordinario para poner fin a los conflictos que se dan, a veces con demasiada frecuencia, al interior de los claustros, tanto por la rivalidad entre criollos y peninsulares, como en la lucha por el poder o por obtener los cargos más rentables. Trata también los conflictos con las autoridades civiles como el virrey y la audiencia, quienes suelen favorecer al clero peninsular. Todo esto origina constantes situaciones de desacato que llegan, en casos extremos, a terminar con empleo de la fuerza y sale a relucir la posesión de armas por muchos de estos religiosos. Lavallé encuentra, además, que la situación planteada en nuestro virreinato no es algo nuevo en las órdenes religiosas y demuestra que hay antecedentes europeos de estas pugnas, lo cual nos permite suponer que estos regionalismos y nacionalismos europeos nos fueron transmitidos a través de los mismos españoles, pero que fueron incrementados en el caso americano por el choque cultural entre peninsulares y americanos y la actitud de superioridad que adoptaron aquéllos frente al hombre nacido en el Nuevo Mundo, por las consideraciones precisadas en la cuarta parte.

La segunda parte corresponde a cómo ve el autor que nace el problema al decir "Demostraremos también cómo los inicios de este criollismo conventual se articula con las raíces mismas del espíritu reivindicativo de los Españoles americanos y se inserta en el cuadro más amplio de una precoz toma de conciencia de los intereses particulares de la sociedad colonial, cuyas primeras manifestaciones contienen ya, en potencia, las principales líneas de fuerza de su futuro desarrollo" (t. I, p. 334). El punto inicial es la connotación despectiva del término criollo, adjudicado inicialmente a los negros nacidos en América y luego aplicado a los hijos de españoles. A esto le sigue lo que llama Lavallé "el ansia de posesión", que lleva a los conquistadores a rechazar al indígena primero y luego a los peninsulares, incluso a sus mismos compañeros (pizarristas contra almagristas). Un elemento que incide en toda esta reacción antipeninsular es el problema de la supresión de las encomiendas y la negativa a concederlas a perpetuidad. Desde allí se inicia la actitud reivindicativa de los criollos y sus padres. También interviene el nepotismo de los funcionarios que venían de España y en vez de preferir a los americanos en los empleos de América se los daban a quienes venían en su séquito. El primer síntoma del criollismo conventual lo señala García de Castro en 1565 entre los franciscanos, pero es ya a partir de las últimas décadas del siglo cuando arrecia la confrontación y son diversas las elecciones que deben anularse por el clima de violencia que las rodea.

Desde esta época se advierte en las autoridades civiles un creciente recelo frente a la fidelidad de los criollos y este temor hará que, por lo general, den su apoyo a los religiosos peninsulares, en especial cuando se decide aplicar el sistema de las "alternativas" o alternancia en las elecciones conventuales de modo de dar acceso tanto a criollos como a peninsulares en el desempeño de los cargos. Al aumentar el número de frailes criollos, éstos se oponen al sistema, por cuanto, en ocasiones, el número de peninsulares llega a ser inclusive de 1 a 10 ó de 1 a 50 en relación a los nativos. Esta "alternativa" provoca innumerables desórdenes, pues tanto peninsulares como criollos cuando son más rechazan la práctica. Un caso de excepción son los jesuitas, pues ellos controlaron siempre el ingreso de los americanos, quizás por las experiencias dadas en las otras órdenes, al ser ellos los que más tardíamente llegaron al Perú.

En la tercera parte se alude a la confrontación de fuerzas y a como las "alternativas" agudizan los conflictos y se utilizan para monopolizar los cargos de uno u otro bando, según quienes tengan en el momento más representantes. Al tener la supremacía se persigue al grupo contrario y se llega a la vía de los hechos, con la consiguiente intervención del poder civil.

La cuarta parte está referida a los prejuicios peninsulares frente a los americanos, los argumentos empleados para desprestigiarlos y formar en base a ello la doctrina sobre la inferioridad del Nuevo Mundo, incluso a partir de la misma naturaleza, consignando la discriminación y las taras originarias como algo establecido por el mismo Creador. Aislan los peninsulares lo que puede haber sido su aporte genético tanto para el criollo como para los mestizos y lo que debería haber sido tinte de orgullo resulta considerado como vileza. Se adjudica por esto a los religiosos criollos y mestizos todo tipo de defectos, desde la ambición, la lujuria y la ociosidad hasta la ineptitud congénita.

La quinta parte es la respuesta americana, el descargo de los defectos que se les atribuye y el desarrollo de la hispanofobia como contrapartida. Se alude, sobre todo, a la ambición de los peninsulares, su falta de motivación evangelizadora, su desconocimiento de la realidad americana y se ensalza la civilización americana y el "destino providencial del Perú".

En la sexta y última parte se señalan los alcances y límites de la búsqueda de la reivindicación criolla y empieza a destacar la hipótesis criolla respecto al porvenir nacional, considerando que esto corresponde a los nacidos aquí y aludiendo a lo innecesario de la presencia peninsular, tal como se plantea en el rechazo a la llegada de religiosos españoles, que es una de las soluciones que aplican los superiores de las religiones a partir de la casa madre y que en algunos casos permite restablecer el equilibrio entre los criollos y los metropolitanos.

Lavallé señala desde el comienzo del trabajo cómo su objetivo no es hacer puramente una Historia de la Iglesia sino contribuir al "mejor conocimiento de las sociedades y de las mentalidades del coloniaje americano".

El balance que se puede hacer de la obra es positivo; en un lenguaje sencillo y claro nos conduce en forma apasionante por los conventos coloniales y nos hace revivir ese mundo casi desconocido que es el siglo XVII peruano. Para ello emplea

una impresionante documentación, que no sólo llena las páginas finales, sino que es constantemente citada como fruto del buen aprovechamiento del material revisado. El trabajo ha partido de una amplia revisión documental en archivos españoles, como el de Indias y otros de Madrid; archivos franceses, romanos, colombianos y peruanos; así como los fondos documentales existentes en bibliotecas españolas, romanas y peruanas. A esto se agregan los impresos de diversa naturaleza, como colecciones documentales, relatos de viajeros, crónicas conventuales y no conventuales, memorias de virreyes, libros de cabildos, historias de la Iglesia, diarios, cedula-rios y recopilación de leyes, relaciones, visitas y doctrinarios y una bibliografía fundamental de 149 obras históricas, aparte de otros trabajos, citados sólo como obras de consulta (192), por ser textos modernos que no abordan directamente el caso peruano, pero que tienen que ver con el tema del nacionalismo.

Añade un glosario de términos eclesiásticos para comprender mejor las funciones correspondientes a cada sector.

Una crítica que es posible formular, sin que pueda considerarse como un demérito, es haber abundado, quizá en demasía, en los ejemplos dados, pero esto, pensamos, ha contribuido a afirmar más sus planteamientos y a ver la necesidad de mantener la singularidad de los problemas, sin intentar entrar en generalizaciones que desfiguran la realidad concreta.

*Margarita Guerra Martinière*